

La gallina de los huevos de tinta y papel

Iba el granjero recogiendo los huevos de sus gallinas mientras sentía un gran orgullo por ellas, pues casi todas le habían salido muy ponedoras y decimos casi todas, en este relato, porque una le había resultado estéril. Dicha gallina se ubicaba en la última jaula de ovíparas y el granjero ya no sabía qué hacer para que esta pusiera huevos, de tal forma que cierto día, en un arranque de mal genio, abrió la jaula de la gallina y la echó del recinto de las jaulas, pero no de la granja, pues, a pesar de todo, sentía por ella cierto afecto. Los días pasaban y la gallina sufría en su corazón por ser distinta al resto de sus compañeras, puesto que mientras ella resultaba improductiva en esta vida, las demás eran fértiles y ello les había dado un puesto en la granja que esta no tenía. Pero cierto día la gallina puso sus dos primeros huevos en un nido que había improvisado debajo de una de las escaleras de madera que conducían del gallinero a la casa del granjero. El dueño de las gallinas, al bajar de su hogar, con la intención de echar al resto de ovíparas de comer, vio cómo en el nido que había improvisado la gallina repudiada había dos preciosos, grandes y dorados huevos. El hombre se puso muy contento ante este gran suceso y, lleno de alegría, cogió los huevos para hacerse una hermosa tortilla. Pero cuál sería su sorpresa que, cuando los fue a partir, de ellos no salía la habitual yema junto a la clara sino que había enroscado en cada uno una nota de papel manuscrita. El granjero, ante este extraño suceso, abrió las notas y leyó su contenido. Era sin duda lo que había leído unos versos de gran calidad, a juzgar por los entendidos que más tarde alabarían tal obra. Pasaron los días y meses y el granjero recogía las extrañas composiciones literarias para guardarlas en la mesita de su humilde habitación, sin saber muy

bien el porqué hacía esto, puesto que no le daba gran valor al contenido de los huevos de su más peculiar gallina. Pero cierto día el granjero se enteró de que en la aldea se había instalado, durante las vacaciones de verano, un ilustre catedrático de literatura, que tenía por costumbre tocar la flauta sentado sobre una banqueta en medio de una de las numerosas fincas del pueblo. Fue, entonces, en una tarde cuando el aldeano cogió todos los papeles que había incubado su gallina y se los dio al hombre erudito con la intención de que los leyera y le diese una valoración de los mismos. Nada más comenzar a recitarlos, en alta voz, pues así fue como los leyó el hombre sabio, éste se dio cuenta de que tales composiciones gozaban de una alta calidad y le preguntó al lugareño que quién las había escrito. El granjero le respondió que no eran de ningún hombre sino de una de sus gallinas. Entonces, el profesor le dijo que estaban ante un caso de ser ovíparo de altas capacidades y que lo escrito de ninguna forma se podría perder. El catedrático se prestó a ayudar a sacar a la luz lo que componía la gallina de aquel hombre y así fue. A los pocos meses las brillantes composiciones de la gallina se vendían en las librerías como churros y el granjero, al ver el éxito de su gallina, quiso premiarla y la colocó en el centro de la granja, en una jaula de oro, con el mejor de los piensos y cercana a una calefacción, activada si era invierno, o próxima a un ventilador, en funcionamiento si era verano. La gallina pasó de ser repudiada por todos a causar una gran admiración entre aquellos que antes la rechazaban. Pasaban los meses y los años y la gallina, lejos de alegrarse por su nuevo estatus, comenzó a entrar en una severa depresión, pues añoraba su vida de paria, dura vida en la que no tenía nada excepto un gran tesoro: Su libertad. La gallina había perdido su autenticidad y con ello, su libertad. Se había

dejado vender por disfrutar de una vida más acomodada, la que le había dado el granjero sin ella oponerse a ello o protestar. Pero no todo estaba perdido. El ser ovíparo decidió no poner más huevos de tinta y papel, puesto que los que ahora incubaba eran del todo mediocres a pesar de que seguían teniendo una gran acogida. Fue entonces cuando el granjero sintió respecto a ella el mismo disgusto que le había dado en un principio y decidió echarla ahora no solo de la zona en donde habitaban el resto de aves, sino de toda la granja. Y la gallina por fin recobró su libertad y con ello, su creatividad. Ahora su vida era difícil porque tenía que sustentarse sin que nadie la ayudara, pero a cambio la inspiración la visitó de nuevo y volvía a componer cientos de escritos brillantes, que iba guardando en los nidos que hacía por los silvestres caminos mientras tenía la esperanza de que quizás, cuando ella muriese, otro sabio profesor los encontrase y los sacase a la luz, dándoles vida, pues todo ello era el precio que tenía que pagar por ser lo que había escogido en la vida: Una escritora maldita.